

Esta Sección tiene como objetivo publicar opiniones breves sobre temas psiquiátricos, psicológicos, artísticos, políticos, etcétera. Esperamos lograr un interesante intercambio de opiniones con esta modalidad.

PAISAJE Y ESPÍRITU

(Rev GPU 2014; 10; 1: 28-29)



Henán Villarino

Nietzsche, que nació y se crió en el llano, gustaba de vivir en la montaña, entre las altas cumbres. Amaba su aire frío, su luz pura y los objetos claros y netos recortados por ella. Sus extrañas y numerosas molestias y dolencias, sus variadas intolerancias y manías corporales, que tanto sufrimiento le provocaban, se aliviaban milagrosamente en la montaña, que además se avenía bien con su espíritu aristocrático, con su evidente elevación respecto del común de los hombres. Nietzsche aborrecía todo lo bajo y vulgar.

Sin embargo, dice en alguna parte, ¿qué importa tener razón si eso nos aleja de los demás? Como si toda la sabiduría del mundo importara un ardite si nos impide tomarnos un café y disfrutar de una conversación con algún otro, con cualquier otro. En algún otro lugar se compara con el sol, es decir, colmado de luz,

pero el problema del sol, agrega, es que alumbrado pero no puede ser alumbrado ni entibiado por nadie. Nietzsche, a quienes algunos asocian injustificadamente con cierta brutalidad, tuvo un terrible acceso de desesperación cuando en Nápoles contempló a un auriga castigando feroz y despiadadamente a su caballo. Su sensibilidad, su extremosa e incurable soledad, no eran el fruto de eso tan vulgar como el orgullo que menosprecia y que se tiene a sí mismo por patricio.

También Jaspers nació y se crió en el llano, pero, en cambio, detestaba la montaña. No toleraba nada que limitara la visión o que impidiera la perspectiva más amplia. ¿Influiría en esta “fobia” la enfermedad del pulmón que padecía? ¿Se agudizaban allí sus dificultades respiratorias? En su diario cuenta que en la adolescencia, al subir el Marmoré, un cerrito más bien que una montaña,

la disnea, la taquicardia y la cianosis se acrecentaron intolerablemente. Llegó a la cumbre exhausto, deshecho, y necesitó de varias horas para reponerse.

Pero una hipótesis causal de esta “fobia” de tipo fisiológico-cognitivo-conductual, y decimos fobia porque antes de aparecer los rayos X el pediatra que lo atendía consideró que sus problemas físicos eran puramente “nerviosos”, aquella hipótesis, decíamos, aunque plausible, es errada. Uno de lo más vivos recuerdos de su infancia, cuando aún no sabía de la afección que lo aquejaría toda la vida, fue su encuentro con el mar. Cuando lo conocí, dice, quedé como hechizado, y desde entonces para mí el mar es el espectáculo más maravilloso de la naturaleza. Antes que la negatividad de la montaña estuvo la positividad del mar, al que desde el primer encuentro Jaspers quedó íntimamente vinculado.

Por lo pronto, todos los temas que trató en su filosofía están relacionados con el mar, y es ese su mejor símbolo y resumen. En primer lugar, por lo abierto, despejado e inabarcable, el mar, para nosotros, es la más clara de las formas sensibles de lo infinito, y la infinitud es lo que yace en el fondo de todas las proposiciones jaspersianas. Su orfebrería conceptual está destinada a develar y declarar, en lo finito y relativo, el inconcebible reflejo de lo absoluto. En segundo lugar, la misteriosa y bullente genialidad del

mar es la fuente creadora de todas las formas vivas, incluido el mismo hombre que lleva el mar en cada una de sus células. La infinitud no es una cantidad ni una magnitud, sino algo vivo, y, como el mar, es imaginativa e inagotablemente conformadora. Por último, el mar no es el suelo estable, firme y seguro; me soporta, pero a condición que yo haga algo, que nade, por ejemplo. La existencia humana, a la que nada cierto la apuntala, que está librada al azar y al acaso porque en ella nunca hay nada definitivamente garantizado,

se cumple por medio de la propia actividad e historicidad. Como en el mar, es un perpetuo bracear entre la calma acogedora y la tormenta caprichosa, la burbuja que se mantiene un instante en la superficie del oleaje y en el instante siguiente ya ha desaparecido.

En fin, a la luz de estos ejemplos cabe preguntarse si es el medio, natural o cultural, el que determina al hombre, mecánica y por ende previsiblemente, o si es él mismo quien, en el uso de su incomprensible libertad, puede elegir y crear su mundo.